

muchos puntos al romanticismo, sino también por su alejamiento habitual del artificioso lenguaje poético, reacción que exageraba hasta caer muchas veces en desmadejada trivialidad. No podemos fijar con exactitud la fecha de su viaje á Nueva España, á donde fué en compañía de su hermano Claudio, inquisidor y Arcediano de Guadalajara, pero por varias conjeturas nos inclinamos á colocarla entre 1588 (fecha de la impresión de sus *Comedias y Tragedias*) y 1603 (fecha de su *Conquista de la Bética*), libros uno y otro cuyas dedicatorias arguyen la presencia del autor en Sevilla, así como la suscripción final del *Ejemplar Poético* nos muestra que en 1606 residía en Cuenca, seguramente muy entrado en años. Hay en la voluminosa colección de sus versos manuscritos, existentes en la Biblioteca del Cabildo de Sevilla, y de la cual Gallardo ofrece amplios extractos (1), más de una composición destinada á archivar sus recuerdos de Indias. La más curiosa es, sin duda, una epístola al licenciado Laurencio Sánchez de Obregón, donde con gracia desenfadada y amenos colores, que fácilmente hacen perdonar la dureza y desaliño de algunos versos, nos pone delante de los ojos el espectáculo que á los suyos ofreció la ciudad de las lagunas. El pasaje es tan curioso, que aunque largo, merece transcribirse:

Á toda esta ciudad sois muy propicio,
Y la ciudad á mí, porque yo en ella
Á mi placer me huelgo y me revicio.
.....

(1) *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Tomo II, (vid. especialmente, pág. 647). En el tomo III está el artículo de Eugenio de Salazar, con extractos muy copiosos de la *Silva*.

¿Consideráis que está en una laguna
México, cual Venecia, edificada
Sobre la mar, sin diferencia alguna?
¿Consideráis que en torno está cercada
De dos mares, que envían frescos vientos?

.....
Los edificios altos y opulentos,
De piedra y blanco mármol fabricados,
Que suspenden la vista y pensamientos;
Las acequias, y aquestos regulados
Atanores que el agua traen á peso,
De Santa Fe una legua desviados.

.....
Mirad aquellas frutas naturales,
El *plátano*, *mamey*, *guayaba*, *anona*,
Si en gusto las de España son iguales.

Pues un chico *zapote* á la persona
Del Rey le puede ser empresentado
Por el fruto mejor que cria Pomona.

El *aguacate* á Venus consagrado
Por el efecto y trenas de colores,
El *capuli* y *zapote colorado*:

La variedad de hierbas y de flores,
De que hacen figuras estampadas
En lienzo, con matices y labores;
Sin otras cien mil cosas regaladas,
De que los indios y españoles usan,
Que de los indios fueron inventadas.

Las comidas que no entendiendo acusan
Los *cachopines* y aun los *vaquianos*,
Y de comellas huyen y se excusan,
Son para mí los que los hacen vanos;
Que un *pipián* es célebre comida,
Que al sabor dél os comeréis las manos.

La gente natural, si, es desabrida
(Digo los indios) y de no buen trato,
Y la lengua de mí poco entendida.

Con todo eso, sin tener recato,
Voy á ver sus *mitotes* y sus danzas,
Sus justas de más costa que aparato.

En ellas no veréis petos ni lanzas,
Sino vasos de vino de Castilla,
Con que entonan del baile las mudanzas.

Dos mil indios (¡oh extraña maravilla!)
Bailan por un compás á un tamborino,
Sin mudar voz, aunque es cansancio oilla.

En sus cantos endechan el destino
De Moctezuma, la prisión y muerte,
Maldiciendo á Malinche y su camino.

Al gran Marqués del Valle llaman fuerte
Que los venció; llorando desto, cuentan
Toda la guerra y su contraria suerte.

Otras veces se quejan y lamentan
De Amor; que aun entre bárbaros el fiero
Quiere que su rigor y fuego sientan.

De su hemisferio ven la luz primero
Ausente, que se ausentan del *mitote*
En que han consumido el día entero.

De aquí van donde pagan el escote
Á Baco, y donde aguardan la mañana
Tales que llaman al *mamey camote*.

De tales humanistas y poetas recibió México la iniciación literaria, así como del admirable prosista, autor del *Guzmán de Alfarache*, Mateo Alemán, que en 1609 imprimió allí su *Ortografía Castellana*. La cosecha fué en breve tiempo tan abundante, que ya en 1610 podía escribir el dramaturgo Fernán González de Eslava: «hay más poetas que estiércol». Á un solo certamen de 1585, solemnisimo á la verdad, puesto que lo autorizaron con su presencia siete Obispos juntos para el concilio provincial mexicano, concurrieron nada menos que *trescientos* poetas, según refiere Bernardo de Valbuena, que fué uno de los laureados, y que no se harta de encarecer «los delicados ingenios de aquella florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece» (1). México empezaba

(1) *Siglo de Oro*, edición de la Academia Española, pág. 133.

á cobrar el nombre de Atenas del Nuevo Mundo. Y por mucho que demos á la hipérbole poética, alguna razón tendría el valiente cantor de su *Grandeza* para exclamar como exclama:

Aquí hallarás más hombres eminentes
En toda ciencia y todas facultades
Que arenas lleva el Gange en sus corrientes:
Monstruos en perfección de habilidades,
Y en las letras humanas y divinas
Eternos rastreadores de verdades.
Préciense las escuelas salmantinas,
Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener las aulas llenas
De más borlas, que bien será posible,
Mas no en letras mejores ni tan buenas;
Que cuanto llega á ser inteligible,
Cuanto un entendimiento humano encierra,
Y con su luz se puede hacer visible,
Los gallardos ingenios desta tierra
Lo alcanzan, sutilizan y perciben
En dulce paz ó en amigable guerra.

El cuadro de la prosperidad material é intelectual de la México española trazado por la brillantísima pluma de nuestro llorado compañero D. Luis Fernández-Guerra, en su biografía de D. Juan Ruiz de Alarcón, nos prohíbe insistir en este punto, so pena de quedar muy deslucidos en la comparación. Búsquelo el curioso en el libro mismo, y sentirá, todo junto, sorpresa, admiración y patriótico deleite (1).

Sabemos de cierto que muchos de esos ingenios no eran ya trasplantados de España, sino nacidos y creci-

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe. Obra premiada en público certamen de la Real Academia Española, y publicada á sus expensas. Madrid, 1871.*

dos en México. Cuál sea el más antiguo poeta mexicano de nombre conocido, no parece cosa fácil de averiguar; pero todas las probabilidades están á favor de Francisco de Terrazas, elogiado ya por Cervantes en el *Canto de Caliope*, que se imprimió con la *Galatea* en 1584.

De la región antártica podría
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cría,
También entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.

Francisco el uno de *Terrazas* tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido.....

Era Terrazas hijo de uno de los conquistadores, mayordomo de Hernán Cortés, alcalde ordinario de México y «persona preeminente», al decir de Bernal Díaz del Castillo. Del hijo poco sabemos, salvo que fué «excelentísimo poeta toscano, latino y castellano». Escasas, pero no despreciables, son las reliquias de sus versos. En el *Ensayo* de Gallardo (1) se han publicado tres sonetos suyos, tomados de un precioso cancionero manuscrito de la Biblioteca Nacional coleccionado en México en 1577, y al parecer por Gutierre de Cetina. El mejor de estos sonetos no puede transcribirse aquí por ser un tanto deshonesto: el dirigido á una dama que despabiló una vela con los dedos, adolece del giro conceptuoso propio del argumento. Nos limitamos, pues, á presentar, como muestra del númen de Terra-

(1) Tomo I, columnas 1.003-1.007.

zas, el primero de estos sonetos que, con algún rasgo del estilo de Herrera, tiene, sin embargo, más analogía con la manera de Cetina, de quien Terrazas parece haber sido amigo y quizá discípulo:

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada
Lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro,
Volvédsele á la angélica natura;

Y todo aquesto así restituído,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

El Sr. García Icazbalceta, gran maestro de toda erudición mexicana, ha descubierto recientemente fragmentos de una obra poética de Terrazas, mucho más importante y extensa (1). Este poema, que el autor no acabó impedido por la muerte, se titulaba: *Nuevo Mundo y Conquista*, y eran su asunto las hazañas de Hernán Cortés.

Aunque manuscrito, debió de correr con estimación entre sus contemporáneos, puesto que el autor de su epitafio, con la hipérbole propia de tales elogios fúnebres, se atrevió á compararlo nada menos que con el mismo Hernán Cortés, manifestando sus dudas de que

(1) Véase el estudio titulado: *Literatura Mexicana. Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI*. En las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española*. (Tomo II, páginas 357-425.)

el conquistador hubiera valido más con sus heroicos hechos que Terrazas con escribirlos:

Tan extremados los dos
En su suerte y su prudencia,
Que se queda la sentencia
Reservada para Dios
Que sabe la diferencia.

Las octavas que nos restan del celebrado poema, se han conservado sin orden en una especie de centón en prosa que formó otro descendiente de conquistadores, Baltasar Dorantes de Carranza. Aparecen además confundidas y revueltas con otras al mismo asunto que parecen ser de un tal Arrázola ó Arrazola, y de un Salvador de Cuenca, poetas ignotos uno y otro. No es posible, por tanto, formarse idea clara del poema, ni siquiera determinar lo que propiamente pertenece á Terrazas, si bien por la semejanza de estilo se infiere que la mayor parte de los fragmentos deben de ser suyos. Entre los innumerables poemas de asunto americano que suscitó el ejemplo de Ercilla, no parece haber sido éste de Terrazas uno de los más infelices. La lengua es sana, pero no de mucho jugo; la narración corre limpia; los versos son fáciles, aunque de poco nervio. Hay episodios agradables de amores y escenas campestres, que templan la monotonía de la trompa bélica. El ingenio de Terrazas parece más apto para la suavidad y ternura del idilio, que para lo épico y grandilocuente. Es muy linda, por ejemplo, la historia del valeroso mancebo Huitzel, hijo del Rey de Campeche, y de su amada Quetzal, hija del Rey de Tabasco, y de sus andanzas y fuga por los desiertos hasta llegar al pueblo de Naucol, donde hacen vida de pescadores y donde los sorprende

la invasión de los españoles. Algunas octavas de este episodio (inspirado evidentemente por las Tegualdas y las Glauras de la *Araucana*, abuelas más ó menos remotas de *Atala*) mostrarán que Terrazas no era poeta vulgar, aunque abusase en demasía de símiles y recursos de estilo ya muy manoseados por otros poetas:

No como yo con tal presteza parte
Ciervo que sin sentido el curso aprieta,
Cuando en segura y sosegada parte
Herido siente la mortal saeta:
Ni nunca por el cielo de tal arte
Correr se ha visto la veloz cometa,
Que á ver de mi desdicha el caso cierto
Con miedo y con amor volaba muerto.

Y á una legua ó poco más andada
Hallé los robadores y robados;
Vide una gente blanca muy barbada,
Soberbios y de limpio hierro armados;
Vi la cautiva presa en medio atada,
De sus alhajas miserables cargados,
Al uso y voluntad de aquellos malos
Que aguijando los van á duros palos.

.....
Cual tórtola tal vez dejó medrosa
El chico pollo que cebando estaba,
Por ver subir al árbol la escamosa
Culebra que á su nido se acercaba,
Y vuelta vió la fiera ponzoñosa
Comerle el hijo encarnizada y brava;
Bate las alas, chilla y vuela en vano,
Cercando el árbol de una y otra mano.

Así yo, sin remedio, congojado
De ver mi bien en cautiverio puesto,
Llegaba al escuadrón desatinado
Clamando en vano y revolviendo presto:

.....
Mas como ni salvalla peleando
Pudiese, ni morir en su presencia,
Tal vez al enemigo amenazando,
Tal vez pidiendo humilde su clemencia,

Sin otro efecto los seguí luchando
 Con el dolor rabioso y la paciencia,
 Hasta llegar al río do se entraban
 En casas de madera que nadaban.

.....
 Volviendo á mí, y en llanto derretida,
 «Huitzel (me dijo), pues mi dura suerte
 Y sin que pueda ser de ti valida,
 Me lleva do jamás espero verte;
 Recibe en la penada despedida
 El resto de las prendas de quererte,
 Y aquesta fe postrera que te envió
 Con cuanta fuerza tiene el amor mío.

Que quien por ti la patria y el sosiego,
 El padre, el reino y el honor pospuso
 Y puesta en amoroso y dulce fuego
 Seguirte peregrina se dispuso;
 Ni en muerte ni en prisión el mundo ciego
 Que amor al corazón cuitado puso,
 Podrá quitar jamás, sin ser quitada
 El alma presa á la mortal morada.

Si voy para vivir puesta en servicio
 Tenerme ha tu memoria compañía,
 Y en un continuo y solitario oficio
 Llorando pasaré la noche y día;
 Mas si muriendo en triste sacrificio,
 Fortuna abrevia la desdicha mía,
 Adonde estés vendré (no tengas duda)
 Espíritu desnudo y sombra muda.

No siempre se sostienen á la misma altura los fragmentos del poema, y aun suelen degenerar en crónica rimada, pero así y todo fué desdicha grande que Terrazas no llegara á perfeccionar é imprimir su obra, la cual, sin pasar de una honrada medianía, como exactamente nota Icazbalceta, lleva, no obstante, todo género de ventajas á otro poema mexicano del mismo tiempo, compuesto igualmente en loor de Hernán Cortés, y que logró la fortuna, bien poco merecida, de fatigar las prensas.

Nos referimos á *El Peregrino Indiano*, de D. Anto-

nio de Saavedra Guzmán, publicado en Madrid en 1599, obra sólo digna de estimación por su extremada rareza y por ser el primer libro impreso de poeta nacido en Nueva-España (1). Pocas lecturas conozco más áridas é indigestas que la de esta crónica rimada en veinte cantos mortales, que el autor *escribió y acabó* (según dice) *en setenta días de navegación con balances de nao*. Hízola con el propósito poco disimulado de que le sirviese como de memorial en las pretensiones que á España traía, al igual de otros descendientes de conquistadores reducidos por entonces á suma pobreza, en nombre y representación de los cuales exhala amargas quejas al principio del canto xv. Pretender en versos tan malos, no parece que había de adelantar mucho la fortuna del poeta, y si se había mostrado tan inepto corregidor en Zacatecas como rimador pobrísimo, no es extraño que se levantase contra él aquella tormenta de que habla y que le costó su empleo. No sé cómo pudo Ticknor encontrar *poesía y verdad* en tal obra, y la razón que da no me convence. El haber nacido el autor en México y estar familiarizado con las escenas que describe y conocer los hábitos de la raza infeliz cuyo fin relata, condiciones eran que no podían infundirle el talento poético de que carecía, aunque puedan dar alguna curiosidad histórica á su obra. Por eso el P. Clavijero la pone en

(1) *El Peregrino Indiano*, por D. Antonio de Saavedra Guzmán, viznieto del Conde del Castellar, nacido en México. En Madrid, en casa de Pedro Madrigal, 1599, 8.º Entre los versos laudatorios los hay de Vicente Espinel y de Lope de Vega.

Este poema ha sido reimpresso en el folletín de un periódico de México, *El Sistema Postal* (1880), con prólogo de G. Icazbalceta.

el catálogo de las historias americanas, añadiendo que no tiene de poesía sino el metro. El autor ofreció «un manjar de verdad» y no otra cosa; y añade, en versos detestables, si es que el nombre de versos se merece:

No lleva el ornamento de invenciones
De ninfas cabalinas ni Parnaso,
.....
Porque me han dicho cierto que es lo fino
Decir pan por pan, vino por vino.
.....
Anímame, Señor, á echar el resto
No con poco temor y sentimiento,
El ver que soy en México nacido,
Donde ningún historiador ha habido.

De su veracidad en cuanto á la historia, responde en las aprobaciones del libro, no menor autoridad que la del cronista de Indias, Antonio de Herrera. Parece que poseía Saavedra alguna de las lenguas indígenas; pero tal conocimiento no le sirvió para dar color local á la narración, sino para rellenarla de nombres estrafalarios, que acrecientan la dureza é insonoridad de sus octavas. Sólo se aparta del estricto rigor histórico, para introducir un poco de *máquina*, ya alegórica, ya de encantamientos y hechicerías como el *peyote* confeccionado por la hechicera de Tlaxcala, Tlanelup, sin que falte la indispensable tempestad promovida por el demonio para hundir las naves de Hernán Cortés.

Como no hay libro malo de que no pueda sacarse alguna utilidad, parece que la lectura del poema de Saavedra, en que abundan detalles genealógicos y personales sobre los conquistadores, no fué del todo inútil á D. Nicolás Fernández de Moratín, para su célebre canto de *Las naves de Cortés destruidas*. Así, por ejemplo, aque-

lla curiosa pero no muy segura coincidencia histórica recordada en estos versos:

Mas ¡ay! que ese adalid el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lutero,
Nació también para la afrenta mía.....

parece tomada de estos dos rastreros renglones de *El Peregrino Indiano*:

Cuando nació Lutero en Alemania
Nació Cortés el mismo día en España.

No hay duda que Hernán Cortés ha sido en general poco afortunado con sus cantores. Cualquiera narración en prosa, no ya sólo la afiligranada y cultísima de Solís, ó la que trazó Prescott con tanta viveza de fantasía romántica, sino la rápida, elegante y maligna de Gómara, la ruda y selvática de Bernal Díaz del Castillo, la del mismo inmortal conquistador en sus *Cartas y Relaciones* escritas con la nerviosa sencillez propia de los grandes capitanes, resultan infinitamente más poéticas que todos los poemas compuestos sobre la conquista de México. La principal razón de esto es, sin duda, que la realidad histórica excede aquí á toda ficción, y que por tratarse de un hecho de tiempos tan cercanos, y conocido hasta en sus mínimos detalles, no deja campo abierto á la fantasía para exornarle, transfigurarle ni enaltecerle. Pero otra razón de no pequeño peso está en la inferioridad de fuerzas poéticas de que adolecían casi todos los autores que se atrevieron á cargar sus débiles hombros con tal argumento. Un solo episodio, como el de las naves dadas al través, pudo inspirar á Vaca de Guzmán algunas octavas robustas, patrióticas